

Comentario breve alrededor de la estupidez en América Latina¹

Ronald Bermúdez*

Fecha de recepción: 5 de marzo de 2010
Fecha de aprobación: 15 de marzo de 2010

RESUMEN

Poner en discusión el concepto de política en el contexto del pensamiento filosófico hispanoamericano conduce a la revisión del concepto de estupidez. ¿Qué debe entenderse por idiotismo político? ¿Cómo se consolida? Si la filosofía pretende develar los modos como la política participa de la definición del ser y su cultura, debe empezar por explorar los mecanismos de que se sirve el discurso político dominante en América para garantizar la ausencia del pensamiento crítico.

Palabras clave: política y cultura, filosofía hispanoamericana, demagogia, política nacional, censura crítica, violencia.

A SHORT COMMENTARY ABOUT STUPIDITY IN LATIN AMERICA

ABSTRACT

Implement the concept of political discussions in the context of Hispanic American philosophy will lead to the analysis of the concept of stupidity. What is meant by political idiocy? How is it consolidated? If philosophy pretends to display the different ways in which politics is involved in the definition of human beings and its culture, must begin by exploring the mechanisms that serves the dominant political discourse in America to guarantee the total absence of critical thinking.

Keywords: politics and culture, Hispano-American philosophy, demagoguery, national politics, critics censure, violence.

¹ Este artículo hace parte de la investigación doctoral *Pensamiento Filosófico Hispanoamericano*, desarrollada en la Universidad de Salamanca en 2009.

* Licenciado en Lenguas, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Magíster en Literatura Hispanoamericana, Instituto Caro y Cuervo. Doctorado en Literatura Hispánica e Hispanoamericana, Universidad de Salamanca. Correo electrónico: ronbermudez@uan.edu.co

A comienzos del siglo XX, el novelista español Pío Baroja sostenía, en forma inapelable, que todos los hispanoamericanos éramos estúpidos. De entre esa totalidad, el que más estúpido se le antojaba era un nicaragüense llamado Rubén Darío.

I. LATINOAMÉRICA: AVATARES DE SU IDENTIDAD

Quienes manifiestan interés por los asuntos que atañen a Hispanoamérica habrán advertido con antelación que las directrices desde donde se pretende reorientar el proceso de su representación y percepción, y de paso regular su inclusión en la historia de la humanidad, fueron delimitadas (impuestas) siglos atrás bajo el influjo directo de sistemas de pensamiento ajenos a nuestra realidad inmediata, ignorantes de nuestras necesidades y proyecciones ontológicas². En un comienzo, no prestamos atención a senda imposición; la aceptamos, de hecho generamos una especie de dependencia neurótica cuyo principal síntoma consistiría en la repetición rendida de discursos foráneos. Esta especie de “performance intelectualista” devino –según los estudiosos de la época– posibilidad concreta de acceder a un desarrollo cultural impensable sin la tutela europea. La historia ha seguido su marcha, los esquemas experimentados se declaran incoherentes a las necesidades interpretativas del contexto americano... y en el siglo XX tras la conciencia ganada del peso y costo de nuestros errores históricos, se advierte (aunque de manera pasiva) que éstos habrán de pasar en adelante factura con intereses agiotistas.

Según el estadio último en la discusión alrededor de la americanidad se argumenta cierta coherencia de alcance universal, irrefutable además, entre la idea

² Al respecto puede leerse: Augusto Salazar Bondy (1968) Una interpretación. En: *¿Existe una filosofía de nuestra América?* Francisco Miró Quesada (1974) *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano*. Leopoldo Zea. (1988) *Discurso desde la marginación y la barbarie*. Eduardo Galeano. (1992) *Ser como ellos y otros artículos*.

representada de cultura americana y la percepción unívoca de ésta: a los ojos del mundo es *América, síntesis del caos. Lo demás es demagogia optimista, paliativa de la realidad*. Lo preocupante no es la sentencia en sí, es su imposibilidad de apelación. Como está visto, se nos declara condenados sin opción de réplica en tanto no existe (de acuerdo con el juicio de los otros) modo de desvirtuar un argumento carente del menor indicio de gratuidad; y que comporta, por el contrario, una verdad incuestionable. Verdad que elevada a la condición de conclusión axiomática se difunde ampliamente; y que a despecho del ciudadano hispanoamericano, se corrobora sin mayor esfuerzo a través de la observación simple de sus rutinas diarias. Somos, sin más, individuos desorientados (sujetos trashumantes sin identidad) en universos sociales cuyos códigos (mudables) resultan ininteligibles, por tanto inobservables. Hay que aceptarlo... la verdad no siempre resulta grata... cuando da en el clavo, escuece.

Sea como fuere, lo cierto es que esta idea desesperanzadora y fatalista ha permeado la base cultural común de nuestros pueblos y hoy trasluce de manera determinante en sus particularidades idiosincrásicas. Por consiguiente, la pregunta recurrente por la esencialidad del ser de América, central en el debate filosófico contemporáneo, estará supeditada (casi exclusivamente) a la definición e interpretación de los agentes causantes del desorden y sus respectivas consecuencias sociales, culturales, ontológicas, etc. La tarea es clara y lo primero que precisa solución es: superar nuestro grado de dependencia respecto a esquemas interpretativos extranjeros; y segundo, la creación justa, objetiva y auténtica de un pensamiento filosófico unificado y universal que responda a las contingencias que integran la realidad específica hispanoamericana. Para no pecar de idealista, me permito la licencia de un polo a tierra: No se crea que, para el caso en cuestión, la identificación del problema es parte de la solución. La primitiva filo-

sofía hispanoamericana, hoy más vigente que nunca, reza: *del dicho al hecho hay mucho trecho*. Claro que bajo el dominio de la estupidez imperante no falta quien crea que el problema es imaginario, que esta América nuestra es auténtica y está en su máximo apogeo, que hibridación y caos aquí no se confunden; o peor aún, que para qué cambiar si así como estamos, estamos bien. Faltaba más.

Atendamos un par de minutos esto de la *dependencia* que se nos imputa con recelo, y, que la verdad sea dicha, representó (el verbo en pretérito es un desliz optimista) a la postre el pésimo consuelo de una decisión errática que lastra nuestra cultura con la culpa de la inautenticidad. ¿Pudo ser de otro modo? ¿De verdad, resulta factible la resistencia de una cultura emergente frente a los designios de culturas dominantes con pretensiones imperialistas? La respuesta afirmativa a estos interrogantes cae en dominios de la ficción idealista. Me apego a la realidad: según ella hay que conceder que para el ciudadano hispanoamericano es tanto más soportable el proyecto (mentiroso) en curso de una América exorcizada, desintoxicada de miseria y resignación violenta; la idea aquella que resume la patria que se quiere; América quimérica, la que satisfaría el anhelo de todos: la hecha de éter, la fantasía que se desvanece; que no la idea de la América por hacer. Hasta el más idealista entre los idealistas ha de saber que la ficción si bien no se mueve en el plano de la verdad, pretende verosimilitud en todo caso y esta verdad relativa de arriba no hay quien la sostenga. De entre los científicos el menos avezado intuye: no puede iniciarse la revisión de nuestra historia dando crédito a conjeturas lenitivas derivadas de *pero, ¡qué tal si...?* Estarán ustedes de acuerdo conmigo si anoto que los sueños pueden materializarse sólo cuando devienen proyectos colectivos, cuando articulan los deseos y el esfuerzo de todos; nunca mientras se juzgue lo invertido en su respectiva ejecución consecuencia de comportamientos sicóticos de una minoría margina-

da, declarada enemiga del orden público, resentida y tildada de estúpida, reaccionaria y terrorista.

¿Cuáles son los agentes del cambio improbable aludido? Del lado de la realidad histórica verificable, a la luz del impacto que generó la difusión masiva del pensamiento filosófico europeo, su respectiva entronización y la consecuente deificación de sus autores, se arraiga en la incipiente intelectualidad americana la necesidad de interpretar su realidad inmediata a partir de sistemas filosóficos advenedizos. La actitud en sí no es reprochable, lo reprochable es la ingenuidad fehaciente de quienes pudieron pensar que sólo hacía falta leer (en pésimas traducciones) la filosofía europea para “filosofar a la europea”. La lectura no da pie a la crítica del método. Permítaseme agregar que ese modo propio de actualizar una propedéutica filosófica, pese a lo plausible del gesto, significó esencialmente dos cosas: primero, diseminar el mal. Me explico: empezar a pensar América desde bases teóricas incomprendidas instala en la realidad la imagen de una cultura desdibujada, caótica y compleja; prácticamente indefinible. En segundo lugar, significó también la forma más cruda de advertir nuestro atraso intelectual en relación con las culturas europeas en la medida en que el acceso a los contenidos implícitos en sistemas filosóficos obligaron a vivir (o recuperar, en medio siglo) más de veinte siglos de historia y pensamiento que América desconocía. Así las cosas, la realidad se reduce a una: la impuesta.

A ojo de buen cubero se diría que el modo como se da nuestro “despertar” a la filosofía augura un fracaso rotundo; se añade que para qué intentarlo si no tiene caso, que no estamos equipados con el cerebro adecuado, que ser hispanoamericano es un hándicap insalvable. ¡Qué más da! Pese al obstáculo del determinismo de alguna manera aventuramos iniciar... tal vez no fue el mejor comienzo, el más elegante; pero tuvimos un inicio al fin y al cabo; tal vez nos equivocamos, perdimos en nuestra decisión inicial,

pero si pensamos a la americana: *Perder es ganar un poquito; perder por conocer no es perder; es cuestión de método*. Total, a fin de cuentas ya estamos encauzados y el aporte actual de nuestros filósofos (artistas, poetas, literatos) no es de derrotados, tampoco elemental (Alemany Bay, 1927)³. Si en un comienzo la intención fue meritoria por el esfuerzo, pero mediocre a pesar de lo esforzada, hoy no carece de seriedad, tanto menos de substancia. Ante los resultados alcanzados no es deshonra ninguna decir que aprendimos a filosofar llevando la contraria, embotando la plana, rompiéndonos los dientes.

Luego de aquel primer paso falto de seguridad, se supera el estadio de perplejidad imitativa (restringido a una traslación arbitraria y no a una reflexión analítica) y se llega a la conclusión de que para comprender y sacar beneficio de la filosofía universal habría que insertarla en la corriente histórica que acompañó la evolución del pensamiento, ubicarla en los contextos a cuyas contingencias ella respondía. ¿Cómo lograrlo si mientras este proceso tenía lugar América permaneció de espaldas? La lectura fue la respuesta. Se leyó primero, aunque nos equivocamos en la interpretación, luego de las correcciones pertinentes se afianzó un sistema hermenéutico que suprimiera imprecisiones analíticas, se contextualizó el debate filosófico, se deconstruyeron sus sistemas de pensamiento, se reconstruyeron en función de repensar los problemas históricos y universales manifiestos en la realidad americana. Es decir, se trascendió el *entender*, se pudo *comprender* la filosofía y desde la conciencia ganada de la complejidad del filosofar se *repensó* América Latina⁴.

3 El momento histórico designado punto de partida de esta adquisición de conciencia basada en la reestructuración del quehacer intelectual y filosófico autónomo en América Latina se circunscribe a la polémica del meridiano intelectual. Al respecto puede revisarse el texto *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica*.

4 José Vasconcelos: *La raza cósmica*, 1925. H.A. Murena: *El pecado original de América Latina*, 1954. Arturo Uslar Pietri: "La otra América" En *La otra América*. "Qué nos importa la guerra de Troya" y "Somos Hispanoamericanos" en *Fantasmas de dos mundos*, 1979. "América no fue descubierta" y "Los Latinoamericanos y los otros" en *Del cerro de plata a los caminos extraviados*, 1994.

Como consecuencia de tal avance empieza a gestarse una filosofía auténtica hispanoamericana. Sus preocupaciones iniciales estuvieron orientadas a la rectificación y reinterpretación de la esencialidad del ser de Hispanoamérica circunscrita entonces a la mentalidad derrotista que impuso la colonización, el complejo de inferioridad (malinchismo) frente a Europa, la dependencia absoluta de esquemas de pensamiento europeizantes, el imperialismo, nuestra irrupción abrupta en la modernidad capitalista, la asunción falaz de los criterios desde donde se vertebra la cultura de occidente, la aculturación violenta y conceptos afines, como hegemonía, heterogeneidad, hibridismo, indeterminación... etc. Se ganó a fuerza de vigilar metódicas repensando en el problema de América la dignidad del perfil demacrado, la alopecia y la miopía ojerosa distintivas del filósofo.

La lista puede extenderse. Sólo se mencionan aquí algunos postulados sobresalientes en el debate por la definición de qué es la hispanoamericanidad. Pero el objeto de lo escrito no es la síntesis, tampoco es mi intención revisar en detalle la tensión pugnaz entre las distintas teorías; ora complementarias, ora contradictorias. Estas líneas se centran preferentemente en la reflexión por la actualidad del pensamiento crítico hispanoamericano; claro está, sin perder de vista el problema filosófico esbozado, pues según entiendo su ejercicio, el del espíritu crítico, constituye la única vía de acceso a la *comprensión auténtica* del ser que somos. Éste (condición indefectible para la comprensión de la realidad propia) es el requisito imprescindible para *repensar* los efectos epistemológicos que genera, a nivel individual y colectivo, el contraste dialógico entre la visión de mundo de los distintos sujetos culturales confrontada con variables integrales del pensamiento universal. De la criticidad desarrollada en el seno de nuestra cultura depende la objetividad al repensar posiciones respecto de los desarrollos discursivos anexos al proyecto globalizador; también es factor obligatorio

en la consolidación de una conciencia del ser latinoamericano. De su afianzamiento y libre expresión depende que salgamos del atraso, dejemos de ser una cultura violenta, resentida y malinche, que la vida recupere su concepción digna, que se reencauchen valores anacrónicos y caducos (respeto, tolerancia), que se reivindique el vínculo entre el individuo y su espacio, que exista una idea, antropológicamente fundada, de patria, de nación garante del desarrollo cabal del proyecto de vida de los integrantes de una comunidad, que se desarrolle a lo largo y ancho del territorio americano una cultura respecto de la cual el individuo genere, sin reticencias de ninguna clase, vínculos de identidad.

El problema por tratar no es la inexistencia de esta actitud crítica reflexiva; sabemos que existe, lo problemático surge al revisar los medios implementados, por aquellos a quienes no les conviene, para garantizar su ineficacia. Voy a exponerlo de esta manera: si lo que preocupa al filósofo-artista hispanoamericano –consciente de los términos en que habrá de adelantarse una filosofía auténtica– es repensar el interrogante ¿Quiénes somos? ¿Qué define la esencia de nuestro ser?, hay que ubicar dicha reflexión en el devenir histórico paralelo a la conformación epistémica del sujeto, auscultar la totalidad de discursos integrales de la semiósfera en que se concreta su génesis ontológica. De esto se sigue que comprender al latinoamericano violento, resentido, beligerante, apátrida, ateo, desesperanzado, oportunista... conlleva la denuncia de las sucesivas infamias a que ha sido expuesto y que conforman a su vez el legado cultural que tributa de la América creada. Comprendernos implica mostrar el revés del tapiz.

II. COLOMBIA Y SUS COMPLEJIDADES: EL CONCEPTO DE LA ESTUPIDEZ LATINOAMERICANA

En el país en que nací, Colombia, siempre se ha sostenido, desde las más altas esferas de poder de esta jerarquía criolla, presidida por una casta temerosa de la pérdida de su investidura, que la labor crítica (cuando no es laudatoria de los regímenes de turno) es deleznable, lesiva; por tanto, viene al mundo mal reputada. A causa del empeño infatigable y eficaz del Estado por hacerle muy pronto huérfana, hoy nace bastarda, clandestina, entre avatares se vicia, deviene rumor, pierde validez. Sus detractores, partidarios de un estado de cosas que les resulta hartamente favorable, ladran no dar crédito a maledicencias tendenciosas proferidas por un grupúsculo de conspiradores radicales, enemigos del orden público, terroristas apátridas, dedicados a la crítica cáustica, lapidaria, ponzoñosa, mercenaria más por distracción o afán protagonístico que por interés científico. Es, en cierta medida, un juego de tira y afloje ya clásico en el ejercicio de nuestra democracia; lo paradójico es que esta concepción un tanto lúdica ha hecho de la militancia crítica vocación de mártires y ha convertido la mitad del territorio patrio en campo santo. *En Colombia del epígrafe altisonante, al epitafio discreto hay sólo un plumazo.* Antes de continuar, incorporo una nota aclaratoria: puede que lo escrito hasta ahora en este párrafo en particular resulte estilísticamente inapropiado, y saturado (para algunos) de terminología política tan anacrónica como polarizada; no obstante, lo que puede parecer una inclinación al uso exagerado del adjetivo denigrante no es otra cosa que un rasgo definitorio de la cultura en cuestión. El mío, es un pueblo generoso, dicharachero, hiperbólico. Pero así mismo, oportunista, de afectos fácilmente mudables, envilecido por la ley de la supervivencia. Fiel ejemplo de su exuberancia barroca es el derroche de ingenio y malicia usados en la calificación negativa de lo que se ha acordado diagnosticar cáncer nacional: el pensamiento crítico disidente.

A mi patria, que tiene casi todo en común con el conjunto de naciones hermanas, se le ha arrogado un prontuario de defectos e insuficiencias que justifican desahuciarla, degradarla a la ignominia. Por ejemplo, de ella se ha dicho que es una nación enferma, proyecto fallido, contaminada con el germen de la violencia. La conclusión que alcanza el diagnóstico actualizado por entes fiscales delegados por naciones de primer orden, es que *mi país* es paciente terminal en una sociedad licenciada para marginar a quien padece de la peor de las pestes de nuestra era: la miseria. Enumero algunas de las causas de este hecho: son éstas la incomunicabilidad (hacia fuera como hacia adentro), la corrupción generalizada, los distintos grados con que se ejerce la violencia –tanto física como simbólica–, sometimiento del pensamiento, la resignación desesperada de unos cuantos, el quietismo de los tantos restantes y, entre otras muchas, la estupidez. Esta última origina y contiene las anteriores. Formulemos formalmente la pregunta: ¿Qué es esto de la estupidez? ¿Es una predisposición genética a cuyo padecimiento está condenado nuestro pueblo? ¿Es un mal hábito, interiorizado de manera inconsciente, y que por tanto no podemos dar cuenta de su origen? ¿Es la actitud cómoda convenida y legitimada en el seno de nuestra cultura para hacernos más llevadero el margen de supervivencia que nos dejan? Y, por último, ¿de dónde surge la tolerancia del hispanoamericano frente a esta condición? La respuesta es muy sencilla, se debe a la indefinición del término, no sabemos aún a ciencia cierta si es un derecho, un deber, una categoría, una actitud, aptitud o virtud, un defecto, un destino, o un karma. Lo que sí sabemos es que goza de buena salud, que tiene el don de la ubicuidad y que, al parecer, encarna para nosotros una presencia divina que integra las indefiniciones anteriores. Y como América es la misma desde que la conozco, no me extraña su respuesta; aquí a lo que no entendemos le rendimos culto. Como no se ha acordado su valor semántico, no existe consenso: siempre habrá

un punto de vista totalmente válido desde donde lo que hagas o dejes de hacer, lo que defiendas o lo que calles se juzgue estúpido.

En la cultura de la que somos tributarios se acepta la existencia de criterios antitéticos que, por lo general, operan en función de la ubicación de sujetos en un esquema bastante reducido que opone: intelectualidad dominante/intelectualidad dominada; clase media culta/pueblo ignorante. El objetivo es favorecer la “lucidez” de los privilegiados y descalificar la estupidez de los resentidos. Los criterios de definición del valor semántico de conceptos contrapuestos, como es natural, van a estar siempre, regulados por el acceso al discurso: para los primeros (dueños de los mecanismos de producción) será privilegiado; para los otros, censurado, restrictivo, fiscalizado y, si es necesario, acallado. La “lucidez” de los primeros tiene su mérito, no hay que negarlo, no en vano les ha asegurado su permanencia en el poder. Éste consiste en que el instinto oportunista de sus antepasados les permitió arribar a América Latina cuando imperaba la ignorancia sumisa del indígena, del campesino y del esclavo, para sacar provecho de su capacidad productiva en el usufructo de la tierra, en la imposición de un plan de desarrollo económico que legitimaría la esclavitud y permitiría a su vez perpetuar en el poder a las familias de “alcurnia y abolengo”, en la imposición de un plan de desarrollo social que beneficiaba los intereses de una minoría selecta que poco a poco fue copando y redistribuyéndose los roles centrales en el ejercicio de una incipiente democracia socapa del fascismo aun desconocido, en la pauperización de la educación, la corrupción de los diferentes sustratos de la maquinaria estatal en beneficio de la preservación de sus privilegios, en la subasta de los recursos de la nación, en el impulso al modelo neoliberal, en la contención de cualquier indicio de ideas desequilibrantes del orden nacional, la sacralización de la política de guerra, el malinchismo tendencioso frente al yanqui, y la manipulación

inconcebible de una capa gruesa de la población nacional usando como argumento chauvinismos de antiguo cuño, y finalmente la inclusión de los desclasados a una clase privilegiada a partir de las posibilidades de acceder a beneficios económicos que les distinguen del vulgo, etc.

En efecto, se ha diseñado para ellos (proletarios arribistas y clase media en ascenso) una falsa idea de vinculación al grupo minoritario privilegiado. A partir de argucias discursivas, prebendas económicas, como ampliación de sus líneas de crédito, acceso a fetiches símbolo de prestigio y dignidad en la sociedad posindustrializada, les han hecho creer el espejismo de ser parte integral de la clase dirigente, de estar a la cabeza de una sociedad que procura, para el beneficio colectivo, la actualización de un proyecto-nación liberal, incluyente y democrático, a tal punto que son ellos quienes hoy con toda la confianza que imprime a sus ademanes la nobleza recién adquirida se autoproclaman miembros honorables de una clase culta, distinguida y próxima a la mejor de las aristocracias. Para aprovechar al máximo semejante timo ventajoso, hace tiempo les encontraron acomodo en la balsa deslucida que remolca el Gran Crucero del poder. A bordo, su gran diversión (la de los grandes señores, se entiende) consiste en el espectáculo de rapiña que desata arrojar por la borda las migajas del botín usurpado. Quizá lo que estos nobles dirigentes de la patria dejaron a buen resguardo de la letra menuda, lo que escamotearon fácilmente a estos burgueses neófitos aquejados por la miopía del ascenso vertiginoso es que las balsas resultan funcionales y hasta divertidas en aguas calmas; pero en cuestiones de poder, la mejor pesca siempre se hará en río revuelto. Son estos sujetos, engañados por los beneficios aparentes de nuestro ingreso a la economía mundial, electores potenciales de sus planes de gobierno, epígonos de un modelo fascista que exalta su capacidad de adaptación y, sobre todo, su respaldo a proyectos progresistas. Desde su punto de vista,

estúpido es aquel incapaz de integración, quien no ha asimilado las reglas de juego debido a su incompetencia o falta de categorías, a quien su carencia le margina de los ejercicios del poder, de los privilegios que aporta el capitalismo, le impide acumular los bienes materiales y simbólicos que le agencien respetabilidad en la sociedad, es además de un incapaz, ignorante, resentido, reaccionario, un estúpido en el más amplio sentido de la palabra. Desde el punto de vista de quien se queda en la orilla, de quien cede su plaza por los argumentos citados, estúpido es quien se sube a la balsa y espera en ella resistir el tifón.

Desde la perspectiva de estos últimos, más que una incapacidad de acomodación lo suyo obedece a una posición trágica. El grado de estupidez que se les imputa y de que son capaces se deriva de la presencia de una conciencia lúcida agónica frente al estado de degradación en que se encuentra la realidad; son estúpidos irredentos en la medida en que prefieren sacrificar su inclusión plena en el sistema a cambio de la posibilidad de criticar desde afuera, conociendo su funcionamiento interno, las estratagemas trapaceras empleadas por los focos dominantes para garantizar el continuismo del modelo organizacional de Estado que les conviene a los estúpidos del crucero y a los títeres arrastrados en la balsa. Estúpidos porque creemos (ya va siendo tiempo de que me incluya) que representa una injusticia que en la distribución del trabajo, por encima de la meritocracia predomine el nepotismo y los conciliábulos benéficos a los integrantes de la diáspora dominante; que representa una arbitrariedad seguir creyendo que el desarrollo del país está en la venta irracional de los recursos naturales no renovables que da la tierra expropiada al campesino; estúpidos perdidos porque vemos un problema en la apertura económica cada vez sumisa ante la intervención extranjera (exenta de impuestos en aras del apoyo a la inversión internacional y al ingreso de flujos capitales que redinamicen la pequeña economía), estúpidos consumados quienes

vemos un desacierto inconmensurable creer que invertir en el desarrollo y el impulso a la educación trasciende las políticas actuales, las cuales consideran suficiente ampliar el rubro destinado a la compra de papel membreado, sellos y funcionarios que expidan licencias de funcionamiento a instituciones de edificio esquinero y que a pesar de sus múltiples insuficiencias funcionan con el aval del Estado. Ya veo venir el epíteto de resentidos con que se denominará peyorativamente a los partidarios de esta visión. Pues no, no lo aceptamos, de hecho no cabe, la idea de resentimiento implica a su vez la idea de superioridad, y aquí está más que claro que intelectualmente nuestra clase dirigente, NO LO ES.

Permítanme un paréntesis. Qué podemos pensar si del ejercicio de su ingenio nos queda: soberanía a medias, crecimiento urbanístico desmesurado y falta de planificación: como ejemplos a este particular baste citar: la construcción del eje ambiental más contaminado y árido del mundo, atravesado por un riachuelo canalizado que se pensó embelleciera la ciudad y terminó siendo foco putrefacto de contaminación; es también de autoría suya la iniciativa de implantar el sistema de transporte masivo capaz de solucionar (de inmediato) problemas de movilidad que termina agravando el problema existente. Sin faltar a la verdad puede decirse de él que es tal vez el menos eficaz, el más costoso, peligroso, incómodo y contaminante de América latina, y qué decir del Metro que propicia como solución. A tal ingenio se deben las dictaduras, guerras civiles en beneficio de terceros, la debacle ecológica, la violencia que desencadena el culto al dinero, el miedo a no ser nadie, la necesidad de tener cosas, de ostentarlas, el miedo al anonimato. A él debemos también el levantamiento en armas del pueblo para rectificar con mano propia las insensateces de la justicia corrupta, la orfandad del hijo del mártir, la viudez de la esposa del mártir, el miedo a pensar del intelectual sobreviviente, la necesidad de callar, el imperativo de la cabeza gacha

y la resignación de llevar a cuestas una América distinta de la que pensamos, de la que queremos ofrecer como legado.

Igualmente estúpido quien se obstina en la “creencia reaccionaria” de que no es justo que se liquide con alevosía e infamias difamantes a la universidad pública o no, que no es conveniente que se construya “Universidad” con mercachifles amigos del poder, vestidos de Yves Saint-Laurent que apestan a Gucci: idólatras de lo frívolo, ignorantes redomados de las necesidades educativas del pueblo. A ustedes les digo: “Señores, infortunadamente los códigos de la moda, pese a su frivolidad, son bastante rigurosos y de acuerdo con los dictámenes vigentes la dimensión límite permitida a la corbata sin que pierda ésta su elegancia no basta para ocultar el tamaño de su incompetencia”. Estúpidos quienes militan en defensa de la consigna: ¡Basta ya de chapucerías!; quienes exigen una educación consecuente con las necesidades de nuestro pueblo, quienes exigen para las generaciones venideras el acceso a las mismas oportunidades educativas que tuvieron los de nuestra generación. No es mi intención revisar de qué lado se inclina la balanza; puede que tanto los unos como los otros estén equivocados, pero a pesar de los errores que se puedan cometer aconsejados por las distintas versiones de estupidez identificables en América latina, a fin de cuentas será mucho menos estúpido y estará menos equivocado el bando que se incline por pensar que en la formación humanista está la clave del desarrollo intelectual del país, que un estudiante o pensador malpensante con sentido crítico no tiene por qué ser objetivo militar, que leer literatura o escribirla, estudiar filosofía o filosofar, y cantar canción social no nos hace guerrilleros marxistas, que quienes nos afeitamos sólo en verano para evitar el calor o sólo por error, llevamos una maraña en el cabello y el libro rojo en la mochila no somos terroristas... Sí, tal vez sea ésta la peor de las estupideces: querer desplazar la construcción cultural au-

téntica de nuestra América del plano realista en que prevalece la obsesión idiota y atomista por alcanzar la modernidad del capital, para ponerla en cambio a vivir la entelequia tonta de una América auténtica,

unificada, autónoma e intelectualmente libre. *Bienaventurados los estúpidos pues de ellos será... el gobierno de este caos.*

REFERENCIAS

Galeano, E. (1992) *Ser como ellos y otros artículos*. Siglo XXI.

Gómez Martínez, J.L. (1999) Pensamiento Iberoamericano del siglo XIX. En: *Cuadernos Americanos* 75.

Henríquez Ureña, P. (1928) *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*.

Miró Quesada, F. (1974) *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano*.

Murena, H.A. (1958) *El pecado original de América*.

Salazar Bondy, A. (1968) *¿Existe una filosofía de nuestra América?*

Uslar Pietri, A. (1979) *Fantasmas de dos mundos*.

Uslar Pietri, A. (1974) *La otra América*.

Vasconcelos, J. (1925) *La raza cósmica*.

Zea, L. (1988) *Desde la marginación y la barbarie*.